

MENÉNDEZ Y PELAYO

COMO BIBLIÓGRAFO Y ERUDITO

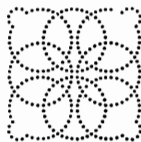
CONFERENCIA DE

D. Rufino Blanco y Sánchez

EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA EL 2 DE MARZO DE 1927

DE LA SERIE ORGANIZADA POR EL
COLEGIO DE DOCTORES DE MADRID

Tirada aparte de "Revista de Segunda Enseñanza"



IMPRESA DE «LA ENSEÑANZA»
RUIZ, 23. — TELÉFONO 30.077
MADRID — 1927



N O T A

Al ser redactada esta conferencia para la imprenta se han incluido en su texto algunos datos que no se adujeron en el acto de ser pronunciada por no alargar demasiado la exposición oral del trabajo.



Señoras y señores:

Con el natural respeto levanto mi voz en este santuario de la Historia, que tantas veces honró con su presencia y presidencia mi excelso maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Y el respeto va acompañado de temor, porque hay en España multitud de personas que hubieran desenvuelto con mayor acierto que yo el tema de esta conferencia.

Varias razones, además de la apuntada, me persuadían a no aceptar la amable invitación del Colegio de Doctores; pero una vez hecha, en manera alguna podía excusarme de contribuir a exaltar de nuevo la excelsa memoria de Menéndez y Pelayo, porque nadie se niega a honrar la memoria de su padre, y yo tengo al venerado maestro como padre espiritual mío, no sólo porque seguí sus admirables lecciones en la Universidad Central, sino porque le tuve siempre como director supremo de mis trabajos de Bibliografía y erudición.

Y en esto no erré ciertamente, porque Menéndez y Pelayo fué un gran bibliógrafo y el más profundo erudito de la Edad contemporánea.

De ambos aspectos de este gran polígrafo trataré en las dos partes de mi conferencia, y no digo demostraré porque todos estamos convencidos de que el insigne maestro tuvo en grado eminente las condiciones que se requieren para alcanzar el dictado de bibliógrafo y para cultivar mejor que nadie los estudios de erudición.

En ninguno de estos aspectos, además, lograré agotar el tema, porque la figura es tan grande que no hay marco bastante capaz para contenerla.

De todas suertes lo que falte en mi

disertación será suplido por el auditorio, cuya cultura reconozco, declaro y proclamo con el mayor gusto.

I

¿Cuándo y de qué manera fué bibliófilo y bibliógrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo?

En realidad de verdad puede decirse que lo fué siempre, porque apenas ingresó en el Instituto de Santander y reunió un centenar de libros los catalogó (1). A lo cual hay que añadir que sus distracciones de adolescente en su ciudad natal se reducían a asistir a la librería de D. Fabián Hernández, donde hojeaba todos los libros que allí había y se delectaba oyendo las conversaciones de los escritores montañeses que en dicha librería formaban diariamente tertulia literaria.

Su vida entera la pasó entre libros, entre libros murió siendo Director de la Biblioteca Nacional y en su Biblioteca de Santander vive y perdura el espíritu de nuestro incomparable escritor.

Dos hombres, maestros suyos, contribuyeron grandemente a fomentar la vocación de bibliógrafo de Menéndez y Pelayo: D. Gumersindo Laverde Ruiz y D. Manuel Milá y Fontanals, de quienes siempre habló D. Marcelino con respeto rayano en la veneración.

En Laverde estaba el germen de la Bibliografía que produjo frutos abundantísimos en su egregio discípulo. Basta leer el prólogo y el epílogo de **Ciencia española** para probar esta afir-

(1) Este primer catálogo de libros redactado por Menéndez y Pelayo se ha publicado en el *Boletín de la Sociedad* que lleva por título los apellidos del maestro.

mación (1). Con razón pudo decir Laverde a Menéndez Pelayo en el citado prólogo estas palabras que fueron una predicción:

“Mi humilde brote bibliográfico será en usted árbol corpulento y lozano” (2).

El testimonio de Milá y Fontanals, cuando Menéndez y Pelayo fué discípulo suyo de Literatura en la Universidad de Barcelona es por demás elocuente:

“Hay aquí un joven—dice Milá—que es un prodigio de precocidad. Aun cuando sólo tiene diez y seis años, ya puede contársele entre los primeros bibliógrafos españoles.”

Los libros de erudición que habría en Santander cuando Menéndez Pelayo tenía catorce años no serían ciertamente muy numerosos; pero ya representaban un caudal de importancia los de la Biblioteca provincial y universitaria de Barcelona y el de algunas otras de la Ciudad Condal.

Hay que suponer que cuando Menéndez y Pelayo vino a Madrid a proseguir sus estudios universitarios el año 1873 había ya explorado científicamente las bibliotecas de Barcelona.

Lo mismo hizo seguramente a los pocos años con las de Madrid y Valladolid, porque al publicar sus tomos sobre la **Ciencia española** en el año 1887 Menéndez Pelayo, no sólo dominaba la Bibliografía ibérica, sino que fué en nuestra Patria el primero y único que cultivó la bibliografía de bibliografías.

El artículo **De re bibliographica** que contiene dicha obra es testimonio irrecusable de esta afirmación, porque no sólo contiene el inventario crítico y

(1) “Es indispensable—dice Laverde Ruiz—emprender con energía y constancia la ilustración bibliográfica e histórico-crítica del saber de nuestros antepasados en sus diversas ramas.” Página LII del prólogo a que se ha hecho referencia.

(2) *Ciencia española*, tomo I (Madrid, 1887) pág. LIV-LV.

metódico de las bibliografías publicadas en España, sino que contiene igualmente el índice razonado “de las monografías bibliográficas para reparar la ignorancia, hoy generalmente sentida respecto al valor de la ciencia española” (1).

En tan importante estudio Menéndez y Pelayo hizo admirable valoración de los eruditos españoles, y juzgando con el acierto que le era habitual, dió el dictado de Padre de nuestra Bibliografía a Nicolás Antonio, y el de Rey de los modernos eruditos a D. José Bartolomé Gallardo.

La vocación bibliográfica de Menéndez y Pelayo tuvo la expansión que su genio necesitaba cuando el Ayuntamiento y la Diputación de Santander—antes de que hubiese en España Junta de ampliación de estudios y de investigaciones científicas—le concedieron una pensión para que estudiase las principales Bibliotecas de Europa, y así lo hizo de modo prodigioso, porque no hay manera humana de explicar cómo aquel inexperto joven en poquísimos años pudo apoderarse de toda la Bibliografía moderna e histórica de Portugal, Italia, Francia, Bélgica y Alemania.

Con tan formidable acopio de materiales regresó a España Menéndez y Pelayo para ser al poco tiempo, con asombro de cuantos le conocieron, el vindicador de la Ciencia patria y el restaurador de nuestro crédito científico en el extranjero.

El, mejor que nadie, al volver a España pudo justipreciar lo que la Ciencia española representaba en la cultura de la humanidad.

En este conjunto Menéndez y Pelayo no sólo procuró siempre el esplendor de nuestra propia ciencia, sino también el de la sabiduría Ibérica.

En sus obras hay frecuentes juicios

(1) Obra citada, tomo II, pág. 45. El número de los trabajos de esta clase que Menéndez y Pelayo anota en dicha obra llegan a trescientos.

y opiniones favorables a este concepto peninsular.

¿Qué concepto tenía de la Bibliografía Menéndez y Pelayo?

Oíd sus propias palabras, porque aún nos habla desde la tumba:

“Acúsase con frecuencia a la Bibliografía—dice el maestro—por los extraños a su cultivo, de **ciencia** árida e indigesta, de fechas y de nombres, superficial y pesada al mismo tiempo, como que sólo fija la atención en los accidentes externos del libro, en la calidad del papel y de los tipos, en el número de las hojas, y limita sus investigaciones a la **portada** y al **colofón**, sin cuidarse del interior del volumen, que para ella suele estar tan cerrado como el de los siete **sellos**. No ha de negarse que hay hartos **bibliófilos** (si tal nombre merecen) acreedores a esta y aun a otras más acres y no menos fundadas censuras; y en verdad que se duda a veces entre la risa y la indignación al ver a ciertos monopolizadores de libros estimar el mérito de los trabajos del humano ingenio por su mayor o menor escasez en el mercado, despreciando, verbigracia, los clásicos griegos y latinos porque se encuentran a todas horas, en cualquier forma y en variedad de ediciones, al paso que dan suma importancia a los tratados de **jineta**, de **esgrima**, de **cetrería**, de **tauramaquia**, de **heráldica** o de **arte de cocina**, por raros y difíciles de encontrar en venta. Y produce ciertamente triste impresión la lectura de muchos catálogos bibliográficos, cuyos autores para nada parecen haber tenido en cuenta el valor intrínseco de los libros, fijándose sólo en insignificantes pormenores, propios más de un librero que de un erudito. Pero no es ese el verdadero procedimiento del bibliógrafo ni puede llamarse trabajo científico, sino mecánico, el descarnado índice de centenares de volúmenes cuyo registro externo arguye a lo sumo diligencia y buena fortuna, nunca dotes intelectuales ni saber **crítico**. Y la crítica ha de ser la primera condición del bibliogra-

fo, no porque deba éste formularla con todo el rigor del juicio **estético** y de la apreciación **histórica** diestramente combinados, sino para que sepa indicar de pasada los libros de escaso mérito, entresacando a la par cuanto de útil contengan, y detenerse en las obras maestras, apuntando en discretas frases su utilidad, dando alguna idea de su doctrina, método y estilo; ofreciendo extractos si escasea el libro; reproduciendo íntegros los opúsculos raros y de valor notable, y añadiendo sobre cada una de las obras por él leídas y examinadas, un juicio, no profundo y detenido como el que nace de largo estudio y atenta comparación, sino breve, ligero y sin pretensiones, como trazado al correr de la pluma por un hombre de gusto; juicio **espontáneo y fresco** (si vale la expresión), como que nace del contacto inspirador de las páginas del libro; **impresiones** vertidas sobre el papel con candor e ingenuidad erudita, ¡qué obra más útil, a la par que deliciosa, es un catálogo bibliográfico redactado de esta manera! Así concebida la **Bibliografía**, es al mismo tiempo el **cuerpo**, la historia **externa** del movimiento intelectual y una preparación excelente e indispensable para el estudio de la historia **interna**. Los registros de obras hechos sin estas condiciones serán útiles como son los catálogos de editores y libreros, pero no serán trabajo de literato, sino de mozo de cordel; no llamemos a sus autores **bibliógrafos**, sino **acarreadores y faquines de la república de las letras** (1).”

Menéndez y Pelayo, además de definir el concepto de Bibliografía estudió el carácter dominante de estos trabajos de erudición, fijándose principalmente en las bibliografías de interés geográfico y en las de materias, sobre lo cual dice el maestro lo siguiente:

(1) Expresión del doctor Puigblanch.

Los párrafos transcritos se hallan en las páginas 47-49 del tomo primero de *La Ciencia Española*, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, 3.^a edición. Madrid, 1887.

“¿Cuál de los dos métodos hasta ahora adoptados para la composición de este linaje de obras es más científico más útil y satisface mayor necesidad en España? No dudo responder que e de **materias**. La Bibliografía general es hoy por hoy, imposible en España, como en todas partes. Debe ser el **desideratum** de la erudición y de la crítica pero no conviene empeñarnos en tentativas directas, y, sin duda, infructuosas para conseguirlo (1).”

Y añade el mismo insigne maestro:

“... aún más necesarias que las Bibliotecas regionales, de las cuales existe al cabo gran número, son las compuestas **por materias**, muy escasas todavía en España; libros que satisfacen de lleno las condiciones que la historia literaria tiene derecho a exigir de la Bibliografía, pues su unidad interna no está limitada por las condiciones del tiempo y espacio, sino por la naturaleza de cada rama del saber, apareciendo los escritores en ellos incluidos como eslabones de la misma cadena. De este género de bibliografías, formadas con los requisitos que señalé al principio de la presente carta, es muy fácil el tránsito a las monografías histórico-críticas (2).”

“La falta de los estudios bibliográficos en una nación civilizada es signo evidente de atraso intelectual, y aunque en España se han publicado algunos muy meritorios, no olviden los inconscientes menospreciadores de los fatigosos trabajos de erudición que “el olvido o frívolo menosprecio con que miramos nuestra antigua labor científica es, no sólo ingratitude e injusticia, sino triste síntoma de que el hilo de la tradición se ha roto y que los españoles han perdido la conciencia de sí mismos (3).”

(1) *Ciencia Española*, pág. 79 del primer tomo de la tercera edición. Madrid, 1887.

(2) Menéndez y Pelayo, *La Ciencia Española*, pág. 80 del tomo y edición citados de Madrid, del año 1887.

(3) Página 22 del primer tomo de la *Histo-*

Las condiciones que deben exigirse al bibliógrafo y a cuantos se dedican a trabajos de erudición las señala admirablemente Menéndez y Pelayo en estas palabras:

“Al expositor de datos eruditos—dice—se le debe exigir escrupulosa veracidad en el testimonio, sólido aparato de conocimientos previos, método práctico y seguro en las investigaciones y sensatez y cordura en el juicio (1).”

Estas palabras son como un autorretrato psíquico del autor, porque fueron siempre norma de su conducta como investigador y programa a que jamás faltó.

Menéndez y Pelayo, además de ser un preceptista y un crítico de la Bibliografía, fué también un bibliógrafo práctico, muy concienzudo (2), que aportó á la erudición española millares de notas importantes (3).

En todas las obras de este incomparable maestro hay centenares de notas bibliográficas, pero se destacan sobremedida en este valor preliminar las siguientes:

Poémicas, Indicaciones y proyectos sobre la Ciencia española, que fué su primer trabajo en orden a los estudios de erudición.

Horacio en España, que lleva por subtítulo **Solaces bibliográficos**, es una preciosa bibliografía crítica y un vasto tesoro de erudición bibliográfica sobre los traductores, comentadores e imitadores que, entre nosotros, ha tenido el gran poeta venusino.

Historia de los Heterodoxos españoles, obra en todos aspectos importantísima, en que no sólo admiran los co-

ria de los Heterodoxos españoles, 2.^a edición. Madrid, 1911.

(1) *Historia de los Heterodoxos*, primer tomo de la 2.^a edición (Madrid, 1911), pág. 17.

(2) Aunque Menéndez y Pelayo tenía una memoria prodigiosa, nunca citó de memoria a juzgar por la exactitud de sus referencias.

(3) Pasan seguramente de 20.000 las noticias bibliográficas que contienen las obras de nuestro famoso escritor.

piosos datos y la abundante fidelísima documentación, sino también lo definitivo del juicio y el acierto insuperable de la elocución.

Las Historias de las ideas estéticas en España, que, a pesar del título, es la Historia universal de la Estética, de la Metafísica de lo bello y de las Bellas Artes, y la **Bibliografía hispanolatina clásica**, cuya denominación indica su contenido. Desgraciadamente quedó sin concluir.

En todas estas obras Menéndez y Pelayo, no sólo tuvo por fin contribuir al progreso de los estudios en España, sino también vindicarnos ante los injustos ataques de algunos escritores de su tiempo.

La publicación de los tomos de **Ciencia española** y de la **Historia de los heterodoxos españoles** pueden compararse a las dos primeras salidas de **Quijote** para “desfacer agravios” y “enderezar entuertos”.

El amor de Menéndez y Pelayo a los libros le acompañó toda su vida, y este amor le llevó a formar, sin más recursos que los propios, la rica Biblioteca que es hoy, a la vez que gala, prez y ornato de la ciudad natal del gran polígrafo contemporáneo, espléndida compensación de aquellas modestas bolsas de estudios que él recibiera en sus años juveniles de la Diputación y del Ayuntamiento de Santander (1).

No parece necesario aducir más datos para probar que Menéndez y Pelayo, no sólo fué un bibliófilo excepcional, sino que fué también un bibliógrafo eminente.

II

Pero el amor a los libros es estéril sin el amor a la sabiduría, y Menéndez y Pelayo la amó tanto que llegó a conquistarla plenamente, de tal manera, que es más fácil determinar las disci-

plinas que Menéndez y Pelayo cultivó escasamente (1) que acertar con una enumeración metódica de lo mucho que sabía. Y esto me lleva a tratar brevemente del segundo punto de la conferencia, a saber: la erudición de Menéndez y Pelayo.

La erudición en este insigne maestro no fué nunca la que corresponde a la significación etimológica de la palabra: “dejar de ser rudo”, porque si en algún mortal pudiera admitirse el milagro de la ciencia infusa, tendríamos que admitirla en Menéndez y Pelayo.

Tampoco su erudición era la del concepto vulgar que tiene al erudito por un ente raro y por un impertinente ratón de biblioteca, que almacena noticias y sólo sabe de tópicos y menudencias.

La erudición de Menéndez y Pelayo era **sophia**, esto es, cultura y sabiduría clásicas en su concepto más noble y elevado.

Si el mito de Minerva hubiese podido tener personificación humana, la Sabiduría mitológica, que siempre permaneció virgen, se hubiera desposado con Menéndez y Pelayo, el cual así hubiera encontrado para casarse compañera digna de su excelsa alcurnia intelectual.

Menéndez y Pelayo fué polígrafo porque fué omnisciente, como lo fueron San Isidoro de Sevilla, Alfonso el Sabio, Raimundo Lulio y Luis Vives, para no citar sino glorias patrias.

Menéndez y Pelayo dominó pronto la sabiduría oficial de su carrera universitaria, pero cuando él se doctoró en la Facultad de Filosofía y Letras era ya doctísimo en varias disciplinas extrafacultativas y aun extrauniversitarias.

La mayor parte de los que hemos logrado un título de Facultad sabemos, unos menos y otros más, los principios

(1) La Biblioteca de Menéndez y Pelayo cuenta con unos 4.000 libros raros y curiosos, y con más de 300 volúmenes entre códices y legajos.

(1) Fué Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y Director de la Biblioteca Nacional y jamás quiso conocer un sólo artículo de los reglamentos administrativos correspondientes.

científicos y sus principales consecuencias: Menéndez y Pelayo, lo que sabían los demás, lo sabía de manera excelsa, porque fué investigador de primeras fuentes; los conocimientos que adquirió estuvieron siempre depurados en el crisol de una crítica superior, y en toda ocasión fueron vistos a la luz espléndida de la Filosofía de la Historia.

Así se explican la grandiosidad arquitectónica de sus construcciones lógicas, la iluminación de sus juicios, en tantos aspectos definitivos, y el sello inconfundible de su estilo viril, penetrante y sugestivo.

Para llegar a esta perfección de sabiduría Menéndez y Pelayo tuvo que dominar las lenguas clásicas y la mayor parte de las modernas (no es posible ser polígrafo y no ser políglota); fué paleógrafo y bibliógrafo autodidacto; dominó la Historia, la Filosofía y la Filosofía de la Historia, y para que no quedase a su genio ninguna cumbre que explorar, en alas de su fe, siempre robusta, bebió a raudales el agua viva de la Ciencia divina, en las inagotables fuentes de los teólogos españoles.

Por esto pudo decir su maestro Laverde Ruiz que Menéndez y Pelayo "había hecho ver prácticamente que no son incompatibles la cualidad de crítico profundo y la de consumado bibliófilo" (1).

Si Menéndez y Pelayo asombraba por el modo de conocer sistemática y **extensivamente** la Ciencia española, no asombraba menos por la **intensidad** de su conocimiento. La **Historia de los Heterodoxos Españoles**, la **Historia de las ideas estéticas**, la **Historia de la Poesía hispanoamericana** y los **Orígenes de la novela** son, entre otras obras del insigne maestro, cuatro testimonios elocuentísimos de la profundidad del saber de Menéndez y Pelayo y de la manera de agotar los temas que elegía para sus incomparables disertaciones.

Ya lo ha dicho de manera inimitable

(1) *Ciencia española*, tomo I (Madrid, 1887, página XLI.

su digna discípula y continuadora, doña Blanca de los Ríos, en los párrafos siguientes de un admirable estudio dedicado a su maestro:

A la edad en que todos los hombres derrochan locamente la vida, a los veinte años, peregrinaba por Europa, sorbiendo la esencia a todas las bibliotecas, bebiendo el alma estética de todas las civilizaciones, removiendo los yacimientos colosales de treinta siglos de cultura, saludando con un grito de júbilo cada soterrado vestigio del genio hispano, que él con mente creadora reconstituía e incorporaba a su reedificación enorme. ¡Y ya dejaba trazadas sus magnas síntesis: *La Ciencia española*, *Los Heterodoxos* y *Las ideas estéticas*!

Aquel heroico esfuerzo de *La Ciencia española*—agrandado por el índice prodigioso de la inmensa producción de la España antigua—quedará siempre en pie, como afirmación magnífica del pensamiento español y de la opulenta aportación española al acervo de la ciencia universal.

Y simultáneamente con tal obra acometía el juvenil polígrafo otra de sus hercúleas hazadas de reconstrucción y reivindicación patriótica, la *Historia de los Heterodoxos españoles*, obra que, si no la más equilibrada y perfecta, es acaso la más interesante y personal de su autor, aquella en que más entera volcó su heroica y luchadora juventud, obra más sugestiva aún que por el enorme caudal de erudición "bebida en las fuentes" que puso en circulación, por la suma *historia de almas* que contiene; por la revelación del entonces casi inexplorado mundo de las herejías y las supersticiones en España; por los ríos de animadora vida que surcan su cálida prosa; por las vivientes semblanzas que nos resucitan al arcediano Gundisalvo, al célebre médico de los Reyes de Aragón y de Sicilia Arnaldo de Vilanova, a Erasmo y sus antagonistas, a Juan de Valdés y su cenáculo, al "audaz y originalísimo Miguel Servet"; y con los grandes y los extravagantes, a los mediocres, desde López de Estúñiga hasta el abate Marchena.

Y sobre todos sus valores filosóficos, históricos y psicológicos, tiene este libro el alto valor patriótico de haber hecho saltar nuestra leyenda negra.

No cerrado el ciclo heroico de las polémicas

y las reedificaciones (de 1876 a 1883), acometió el gran polígrafo una obra ingentísima: la *Historia de las ideas estéticas*, concebida por él sólo como "Introducción" y base del colosal edificio que pensaba erigir a nuestra Literatura. Una obra que es como ancho ventanal florido abierto sobre los espléndidos horizontes de la belleza mundial, a cuyo fondo arden con místico fulgor, como de luna, las claras, bienaventuradas ideas de Platón. Obra de plenitud y de cenit, empresa enorme, inspirada en el patriótico anhelo de sacarnos de nuestro aislamiento suicida, imponiéndose el colosal esfuerzo de comparar nuestras ideas estéticas con las de todas las naciones cultas, realizando así la historia de la Estética en Europa; el primer libro español de Literatura y Estética comparadas.....

Y así como la *Historia de las ideas estéticas* es un libro europeo, la de la *Poesía hispanoamericana* es un libro intercontinental, étnico; libro que, como producido lejos de muchas fuentes de información, con falta de algunos ineludibles elementos, podrá no ser definitivo —ningún libro de historia lo es—, podrá no ser perfecto; pero es más que perfecto, es regenerador, fortificante, sugestivo, casi profético; con él se inicia la magna reivindicación de España como colonizadora y civilizadora de América y se aportan materiales riquísimos para tal reivindicación. Leyéndole sentimos los españoles crecer asombrosamente las fronteras espirituales de la Patria, y sentirán los hispanoamericanos hasta dónde las raíces de su cultura propia, castiza, toda española, y sus noblezas todas de sangre, de mente, de estirpe, surgen del seno de la gran madre común, y cómo al extremo de cada una de las raíces de esa cultura resplandece una gota de heroica sangre española, o una centella de nuestro espíritu, alumbrador de mundos; sentirán cómo nuestro dominio fué desde el primer instante penetración, fusión generosa de sangre y de almas, que, desde los días de la conquista hasta los nuestros, produjo españoles americanizados y americanos españolizados, cuyos grandes nombres son gloria común de los dos Españas.

Entre las grandes reedificaciones del excelso polígrafo, ninguna, acaso, tan cara al sentimiento nacional como la reedificación de nues-

tro inmortal Teatro, expresión la más entera y representativa del genio de nuestra raza. Nadie ignora que Menéndez y Pelayo no escribió completa y sistemáticamente la historia de nuestra insuperable dramaturgia; pero hizo mucho más: sacudió sobre la fosa del pasado la antorcha de su genio y nos enseñó cómo se resucita todo un arte, y con él los hombres que lo encarnaron.

En cuatro estudios colosales: los *Orígenes de la Novela*, los *Prólogos a Lope, Calderón y su teatro* y la *Historia de las ideas estéticas*, amén de algunas páginas de la *Poesía hispanoamericana*, reconstruyó enteros los cuatro grandes siglos de nuestra dramática, desde *La Celestina* hasta el advenimiento del Romanticismo. Aquello no es historia, no es investigación, no es crítica: es avasalladora realidad, es vivir tiempo atrás, codearse con los creadores del Teatro, asomarse a los cauces de la generación estética y a los caminos por donde las ideas vienen para juntarse en constelación magnífica en las magnas obras-síntesis...

Nadie antes que él afirmó y evidenció la potencia y originalidad del pensamiento hispano y la influencia excepcional de España en la educación del mundo.

.....

Al hombre que así integró y exaltó la grandeza y el espíritu de la Patria española no es lícito encerrarle en la denominación de erudito, ni aun de historiador literario; pues siendo egregiamente ambas cosas fué mucho más: fué el historiador de nuestra alma, el reedificador de nuestra conciencia, el nacionalizador de España (1).

(A ninguno de vosotros habrá parecido larga la lectura de estos párrafos en que de tan magistral manera se hace justicia al maestro.)

Menéndez y Pelayo era de tan profífica erudición y de tan amplios horizontes doctrinales que cuando trataba de escribir un prólogo, este traba-

(1) Discurso de doña Blanca de los Ríos, leído ante S. M. el Rey el 26 de junio de 1917, con motivo de la inauguración de la estatua erigida por iniciativa de la Junta Central de Acción Católica en la Biblioteca Nacional para perpetuar la memoria del insigne maestro.

jo preliminar ocupaba dos o tres tomos, y la materia de la obra que debía ser principal se convertía en secundaria, reducidas a unas cuantas páginas de texto al final de los volúmenes correspondientes (1).

Tal era el vigor intelectual de este "mágico prodigioso" de la erudición española.

No hay para qué recordar ahora las varias anécdotas que cuentan los biógrafos del maestro referentes a tantas y tantas noticias de erudición con que asombró a los especialistas de una materia.

De mí sé decir que en aquella que yo más debo conocer recibí muchas lecciones de Menéndez y Pelayo.

A él se debe —y nada hice de más al dedicársela— mi **Bibliografía pedagógica**, casi toda ella inspirada en sus modelos y consejos; pero además puedo aducir seis datos que permiten otorgarle el título de especialista en la materia:

1.º Tratando del concepto de Pedagogía me dijo en una ocasión, como de pasada:

"La Pedagogía es principalmente Psicología aplicada a la educación."

Y difícilmente puede hacerse afirmación más acertada sobre el concepto de Pedagogía científica y fundamental.

2.º La Pedagogía de la acción, única idea agitante de toda esa tendencia alborotadora que se llama "nueva educación" y "escuelas nuevas", fué proclamada en el año 1901 por Menéndez y Pelayo en la siguiente forma que, después de un cuarto de siglo, aún no admite corrección:

"Nadie posee ni sabe de verdad sino lo que por **propio esfuerzo** ha adquirido, averiguado o libremente se ha asimilado" (2).

(1) Testimonio de este dato son, entre otros, los trece tomos de la *Biblioteca clásica* en que se publicó la *Antología de poetas líricos españoles desde la formación del idioma hasta nuestros días*. (Madrid, 1917-16.)

(2) Prólogo de la primera edición castella-

3.º El concepto de educación de niños anormales no se ha generalizado en España hasta el presente siglo: antes se limitaba al de educación de sordomudos y de ciegos; pero hubo un escritor alemán, Ullsperger, que publicó en Würzburg (Alemania) el año 1871 una **Historia de la Psiquiátrica en España**, y esto sólo lo sabía en nuestra Patria el 1876 D. Marcelino Menéndez y Pelayo (1).

No lo sabían siquiera los filósofos germanófilos de entonces, que con sus infundadas agresiones a la cultura patria provocaron los famosos artículos del maestro, con los cuales de tan prodigiosa manera la defendió y vindicó.

4.º De Menéndez y Pelayo son también estas dos amargas conclusiones de carácter pedagógico, cuya probanza dejo a la ilustrada consideración de este auditorio, que tan benévolamente me presta su atención:

La enseñanza en España apenas tiene de española en el día más que el nombre (2).

Nuestros planes de estudios, comenzando por el de 1845, han sido copia servil de la legislación francesa (3).

5.º De estas desoladoras conclusiones que en los textos citados van acompañadas de otros juicios interesantes, todavía de abrumadora actualidad, compensa no poco la afirmación del maestro de que el **Quijote** es "una pedagogía en acción, y la más sorprendente y original de las pedagogías".

Don Quijote—dijo Menéndez y Pelayo en día memorable (4)—se educa a sí propio, educa a Sancho, y el libro entero es una pedago-

na de la *Historia de la Literatura Española*, de J. Fitzmaurice-Kelly. (Madrid, 1901) página vi.

(1) *Ciencia española*, tomo I, pág. 140.

(2) *Ciencia española*, tomo I (Madrid, 1887), página 200.

(3) *Historia de los Heterodoxos españoles*, tomo I (Madrid, 1911), pág. 27.

(4) Discurso leído en la Universidad Central el 8 de mayo de 1905 para conmemorar el tercer centenario de la publicación del *Quijote*.

gía en acción, la más sorprendente y original de las pedagogías: la conquista del ideal por un loco y un rústico; la locura aleccionando y corrigiendo a la prudencia humana; el sentido común ennoblecido por su contacto con el ascua viva y sagrada del ideal.

El tema del discurso fué el siguiente: "Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del **Quijote**".

6.º Este dato prueba más que ninguno otro, en el orden a que me refiero, la inmensa erudición de Menéndez y Pelayo.

Dándole yo cuenta un día, para él impensado, de algunos españoles que han escrito sobre educación de príncipes y nobles, me dijo lo siguiente, después de oírme como quien no oído ninguna cosa nueva: ' .

—¿Tiene usted anotado los **Avisos y advertimientos de la diligencia que un señor debe usar en criar a sus hijos**, de Juan Francisco de Guevara?

—No, señor —le respondí—; no conozco tal autor.

—Pues no deje de verlo: está en la Biblioteca y la obra tiene la particularidad de ser edición castellana impresa en Nápoles, el 1602.

En efecto, busqué la obra, la describí y descrita está en el tomo IV de mi **Bibliografía pedagógica** (1).

La noticia me sorprendió y aun picó mi amor propio porque yo llevaba trabajando en la materia algunos años; pero la sorpresa se trocó una vez más en admiración cuando pasado algún tiempo, pude comprobar (por razones que no son del caso) que del citado libro no había en Europa más que el ejemplar a que el maestro me remitió (2).

De suerte, que Menéndez y Pelayo, sin ser especialista en Bibliografía pedagógica, tenía noticia de un tratado

de educación, del cual sólo existía, probablemente, un sólo ejemplar.

Y como esto que yo relato ahora al distinguido auditorio se ha repetido con otros varios discípulos de tan insigne maestro, puede llegarse a esta conclusión:

Menéndez y Pelayo sabía de muchas disciplinas más que algunos especialistas que llevaban cultivándolas largos años.

III

Menéndez y Pelayo amó el magisterio de la pluma con más intensidad que el de la palabra hablada, y quizás por esto trocó sin esfuerzo, el año 1898, su Cátedra de la Universidad de Madrid por la dirección de la Biblioteca Nacional, y a esto se debe que los más importantes datos de su pasmosa erudición se hallen en su no menos pasmosa bibliografía; pero a ellos hay que añadir otros nada despreciables que podemos aportar los que directamente recibimos sus lecciones de Cátedra o en la conversación particular, a que nunca se negaba.

Por desgracia, el número de los supervivientes de valía es cada vez menor, pero aún hay varios que pueden dar fe de mis palabras al estudiar sumariamente este aspecto de la erudición de Menéndez y Pelayo.

A los cuatro años de haber terminado su carrera universitaria obtuvo por oposición, el 1879, que correspondía a los veintitrés de su edad civil, la Cátedra de Historia crítica de la Literatura Española, que entonces formaba parte de los estudios del doctorado de Filosofía y Letras (1).

(1) Sucedió en dicha Cátedra a D. José Amador de los Ríos, y como entonces se exigía a los Catedráticos haber cumplido veinticinco años, Cánovas del Castillo, que era a la sazón Presidente del Consejo de Ministros, obtuvo de las Cortes una Ley especial para que Menéndez y Pelayo pudiese desempeñar, desde luego la Cátedra tan brillantemente conquistada.

(1) Véase la pág. 386.

(2) El referido ejemplar desapareció de la Biblioteca donde se hallaba, y en vano han sido mis prolijos trabajos para hallar otro ni en España, ni fuera de España.

El joven profesor no se distinguía en nada de sus discípulos por el aspecto—algunos le aventajaban en edad—, pero en lo que se distinguía soberanamente y en lo que nadie le aventajaba era en su portentosa erudición.

Daba su clase en el salón de grados de la Facultad, y nunca ocupaba la silla presidencial del estrado, sino una silla de enea junto a una mesilla auxiliar; nunca llevaba programa ni otros apuntes que los de su prodigiosa memoria, y nunca necesitó de otros medios disciplinarios que el de sus admirables explicaciones, que además de ser sabias, fluían de sus labios con un clásico decir que cautivaban a cuantos las oían.

Y de tal modo nos seducían sus juicios y su bella elocución, que entre varios condiscípulos, puestos de acuerdo, tomábamos casi literalmente sus palabras para repetir luego en los claustros de la Universidad los párrafos más bellos aprendidos de memoria.

Entre otros que aún podría citar os ofrezco el siguiente que, aunque breve, es de hermosa y clásica construcción:

Cuenta Rodrigo de Cota un diálogo entre el Amor y un Viejo.

El Amor hablando y el Viejo en áspera manera replicando discurren largamente hasta que el Viejo del Amor fué vencido.

En aquellas admirables conferencias estaba el germen que pocos años más tarde fructificaba en nombres tan conocidos, como Ramón Menéndez Pidal, Angel Ganivet, Paco Navarro Ledesma, José Daurella, Pedro Roca y Serrano Sanz que, con otros de segunda y tercera fila, formamos las primeras promociones de aquellos cursos inolvidables.

Sobre los ideales de la ciencia de Menéndez y Pelayo no hay nada que discutir: siempre fueron los mismos y se ponen de manifiesto apenas se recorren algunas páginas de sus obras.

Pero oíd sus palabras literales, con lo cual se romperán brillantemente la

monotonía y el desorden de mi palabra casi improvisada:

El dogma católico es el eje de nuestra cultura, y católicos son nuestra Filosofía, nuestro Arte y todas las manifestaciones del principio civilizador en suma (1).

Católico soy—añade—, y como católico afirmo la Providencia, la Revelación, el libre albedrío, la ley moral, bases de toda historia Y si al juzgar ideas tropiezo con algunas que pugnan con las mías, ¿qué he de hacer sino condenarlas? En reglas de lógica y en ley de hombre honrado y creyente sincero, tengo obligación de hacerlo (2).

En muchos pasajes de las obras de Menéndez y Pelayo se hallan manifestaciones análogas a las que os he recordado; pero donde tienen una gallardía insuperable es en el brindis que pronunció en un banquete celebrado en los Jardines del Buen Retiro de Madrid (hoy Palacio de Comunicaciones) el 30 de mayo de 1881.

Con motivo del segundo centenario de la muerte de Calderón de la Barca (3) se reunieron en Madrid algunos Catedráticos extranjeros, en su mayoría de ideas liberales, porque así lo habían procurado los organizadores de las fiestas centenarias, como manifestación bullanguera, que cuadraba muy bien para sus fines en aquellas circunstancias políticas.

Como era natural, se les obsequió de varias maneras, y entre los obsequios figuró el banquete a que se ha hecho referencia, al cual asistió, con otros muchos Catedráticos españoles, Menéndez y Pelayo.

El insigne maestro, que nunca presumió de orador, quizás porque una leve tartamudez deslucía, también leve-

(1) *Historia de los Heterodoxos españoles*, tomo I (Madrid, 1911), pág. 57.

(2) Prólogo de *Ciencia española*, tomo I (Madrid, 1887), pág. xxiv.

(3) Aquellas fiestas inauguraron en España la Era de los centenarios, de que ya se va abusando un poco.

mente, el clásico estilo de su elocución, fué invitado a hablar y, como él no tenía respetos humanos cuando de exponer la verdad se trataba, pronunció, en medio del asombro de los asistentes al banquete, el siguiente brindis, cuyo texto es ya difícil de hallar fuera de las colecciones de periódicos de aquella fecha:

Yo no pensaba hablar; pero las alusiones que me han dirigido los señores que han hablado antes me obligan a tomar la palabra. Brindo por lo que nadie ha brindado hasta ahora: por las grandes ideas que fueron alma e inspiración de los poemas calderonianos. En primer lugar por la fe católica, apostólica, romana, que en siete siglos de lucha nos hizo reconquistar el patrio suelo, y que en los albores del Renacimiento abrió a los castellanos las vírgenes selvas de América y a los portugueses los fabulosos santuarios de la India. Por la fe católica, que es el *substratum*, la esencia y lo más grande, y lo más hermoso de nuestra Teología, de nuestra Filosofía, de nuestra Literatura y de nuestro Arte.

Brindo, en segundo lugar, por la antigua y tradicional Monarquía española, cristiana en la esencia y democrática en la forma, que durante todo el siglo XVI vivió de un modo cenobítico y austero, y brindo por la Casa de Austria, que con ser de origen extranjero y tener intereses y tendencias contrarios a los nuestros, se convirtió en portaestandarte de la Iglesia, en gonfaloniera de la Santa Sede durante toda aquella centuria.

Brindo por la nación española, amazona de la raza latina, de la cual fué escudo y valladar firmísimo contra la barbarie germánica y el espíritu de disgregación y de herejía que separó de nosotros a las razas septentrionales.

Brindo por el Municipio español, hijo glorioso del Municipio romano y expresión de la verdadera y legítima y sacrosanta libertad española que Calderón sublimó hasta las alturas del arte en *El Alcalde de Zalamea* y que Alejandro Herculano ha inmortalizado en la Historia.

En suma, brindo por todas las ideas, por todos los sentimientos que Calderón ha traído al arte, sentimientos e ideas que son los nuestros, que aceptamos por propios, con los cua-

les nos enorgullecemos y vanagloriamos nosotros los que sentimos y pensamos como él; los únicos que con razón y justicia y derecho podemos enaltecer su memoria, la memoria del poeta español y católico por excelencia; del poeta de todas las intolerancias e intransigencias católicas; del poeta *inquisitorial* a quien nosotros aplaudimos y festejamos y bendecimos y a quien de ninguna suerte pueden contar por suyo los partidos más o menos *liberales* que en nombre de la unidad centralista a la francesa han ahogado y destruido la antigua libertad municipal y foral de la Península, asesinada primero por la casa de Borbón y luego por los Gobiernos revolucionarios de este siglo.

Y digo y declaro firmemente que no me adhiero al centenario en lo que tiene de fiesta semipagana, informada por principios que aborrezco y que poco había de agradar a tan cristiano poeta como Calderón si levantase la cabeza.

Y ya que me he levantado y que no es ocasión de traer a esta reunión fraternal nuestros rencores y divisiones de fuera, brindo por los Catedráticos lusitanos que han honrado con su presencia esta fiesta, y a quienes miro y debemos mirar todos como hermanos, por lo mismo que hablan una lengua *española*, y no digo *ibérica* porque estos vocablos de *iberismo* y de *unidad ibérica* tienen no sé qué mal sabor progresista. (Murmullos.) Sí, *española*, lo repito, que españoles llamó siempre a los portugueses Camoens y aun en nuestros días Almeida Garret, en las notas de su poema *Camoens*, afirmó que españoles somos y que de españoles nos debemos preciar todos los que habitamos la Península ibérica.

Y brindo, en suma, por todos los Catedráticos aquí presentes, representantes de las diversas naciones latinas, que como arroyos han venido a mezclarse en el gran océano de nuestra gente romana.

Los ideales por que Menéndez y Pelayo brindó en el banquete del Buen Retiro se hallan hermosamente reunidos en estas palabras de doña Blanca de los Ríos:

La obra de Menéndez y Pelayo estuvo inspirada en tres excelsos ideales nacionalistas: *reedificación*, *reinvindicación* y *unificación* de la España mayor, tal como Dios y la Historia

la hicieron; una e indivisible con Portugal; una en carne y en espíritu, en religión, en sangre y en habla con América. Realización de ese triple ideal ingentísimo es la obra del maestro.

Diríase que Dios le creó y le dotó excepcionalmente como para tal empresa, y le situó en el tiempo y en los lugares propios para cumplirla (1).

A pesar de la incomparable virilidad del estilo de Menéndez y Pelayo y de la energía con defendió siempre sus principios, nunca combatió con animosidad contra nadie.

El mismo lo declara en estas palabras:

Yo peleaba por una idea: jamás contra una persona, ni he ofendido a nadie a sabiendas (2).

Como preciada cualidad de la erudición de Menéndez y Pelayo he de hacerlos notar que era atractiva, y que ha llegado a ser amena en algunos de sus discípulos predilectos como doña Blanca de los Ríos y D. Francisco Rodríguez Marín. Basta como probanza haber citado estos dos nombres esclarecidos.

Menéndez y Pelayo, no sólo hizo atractiva la erudición, sino que la hizo poética, porque incomparable "Poesía de la erudición" es la famosa **Epístola a Horacio**, sin dejar por ello de ser un canto inspiradísimo a la civilización clásica latina.

Y como su lectura os ha de agradar porque de nuevo romperá la prosa de la conferencia, permítidme que os recuerde los versos admirables de tan erudita poesía:

Yo guardo con amor un libro viejo
de mal papel y tipos revesados,
vestido de rugoso pergamino, etc.

(1) Discurso pronunciado en el acto de inaugurarse la estatua de Menéndez y Pelayo en la Biblioteca Nacional el día 26 de junio de 1917, ya citado.

(2) *Ciencia española*, tomo I (Madrid, 1887), página xv.

IV

Un hombre tan extraordinario había de ejercer gran influencia en sus contemporáneos y en cuantos le sucedieron. La sola enumeración de los que han seguido los pasos eruditos de Menéndez y Pelayo ocuparía muchas páginas, y no es oportuno ahora prolongar esta conferencia, ya demasiado prolongada, con una lista casi inacabable, que todos tendréis presente en vuestra memoria.

Baste decir que si Menéndez y Pelayo estudió la erudición portuguesa y la hispanoamericana, en Portugal y en las Repúblicas españolas de América tiene el maestro fervientes admiradores de sus enseñanzas e ilustres continuadores de su obra maravillosa; que si el sabio polígrafo bebió en fuentes extranjeras buena parte de su copiosa y selecta sabiduría, muchos hispanófilos extranjeros, le consideran como un genio de nuestra raza; que si él se apoderó rápidamente de la minerva clásica de las regiones históricas de España, no hay región en que no se levanten algunas próceres figuras de eruditos que rinden pleito homenaje al gran maestro de la erudición española, y que, por si algo faltase, S. M. el Rey que representa de modo excelso el sentir y los amores de todas las regiones del pueblo español, se ha asociado varias veces con el mayor beneplácito a los homenajes tributados a D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Por todo esto Ricardo León pudo decir con razón que Menéndez y Pelayo "era la patria" (1).

Por esto el ilustre hispanista Arturo Farinelli pudo afirmar que "la voz de Menéndez y Pelayo era como la voz de un pueblo entero y en su corazón palpitaba el latido de millones de corazones españoles" (2).

(1) Véase el soneto que el ilustre poeta citado dedicó a la memoria de su excelso amigo a los pocos días de ocurrir la muerte.

(2) Véase el número extraordinario de la

Ante una figura de tal magnitud, que es única en nuestro tiempo, todos los homenajes son merecidos, y uno de ellos, expresivo como pocos y fácil de tributar, consiste en que cuantos escriban Historia de la Literatura denominen la época presente, **época de Menéndez y Pelayo**.

Yo, para dar ejemplo, así lo hago.

Para terminar esta conferencia me permitiréis que recuerde literalmente dos inscripciones epigráficas que en otras tantas lápidas conmemorativas pueden leerse en otro piso de esta casa de la Historia que habitó nuestro llorado maestro.

Una dice:

Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt
(Los que me esclarecen obtendrán la vida

Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, correspondiente a los meses de junio-agosto de 1912.

eterna.) *Eclesiástico*, capítulo XXIV, versículo 31.

¡Qué más podríamos esperar los encargados de este ciclo de conferencias, si lográsemos esclarecer la memoria de Menéndez y Pelayo!...

El versículo anterior al citado, con un ligero aditamento, es enteramente aplicable al sabio maestro:

El que me escucha—dice— jamás tendrá que avergonzarse, y aquellos que se guíen de mí, no pecarán [en achaques de erudición].

La otra inscripción epigráfica, que es un verso de Virgilio en la **Eneida** (I, 609), dice de esta manera:

Semper honos nomenque tuum laudesque ma-
[*nebunt.*

El texto completo del pasaje, que es también aplicable a Menéndez y Pelayo, dice así:

Mientras corran los ríos hacia el mar; mientras las sombras llenen los huecos de los montes; mientras el polo apaciente estrellas, siempre durarán en el mundo tu gloria, tu nombre y tus loores.

HE DICHO.